



El Baptisterio.

**LORENZO Ghiberti.****EL BAPTISTERIO DE FLORENCIA.**

Ardia la Italia en la edad media en las disensiones civiles que habian suscitado los poderosos bandos de Güelfos y Gibelinos. Este nombre es tomado de los dos poderosos que

dividieron á la Italia en los siglos XII, XIII y XIV. Procedian ambos de dos familias ilustres de Alemania, que tenian por jefe la una á Conrado, hijo de Federico Hohenstapfen, duque de Suavia, señor de Wiblingen, que por corrupcion llamaban Gibelino; y la otra á Enrique el Soberbio, sobrino de Wduelf II, güelfo, duque de Baviera; se disputaron la corona imperial despues de la muerte de Lotario. Conrado, jefe de los Gibelinos,

20 DE JULIO DE 1856.



fué elegido emperador; y la familia de los güelfos, léjos de querer reconocerle, le suscitó enemigos en todas partes. El imperio se dividió en güelfos y gibelinos. Estas disensiones cesaron pronto en Alermania, pero duraron mas de tres siglos en la Italia. La familia de los güelfos, contando con la proteccion de los papas, levantó los pueblos en Italia, cansados del yugo imperial, contra los emperadores, y constituyeron estados pequeños feudatarios de la Sede romana.

En el siglo XIII un noble señor de Verruchio, descendiente de los condes de Carpagna, por su atrevimiento y mala cabeza, fué apellidado *Malatesta*. Habia combatido con éxito á los gibelinos de la Romanía, que defendian los derechos del emperador, y apoderándose de la ciudad de Rímini, se habia hecho declarar soberano de ella. Sus descendientes despues conquistaron las ciudades de Cesena, Pesaro, Fano, Fossombrone y otras; pero fueron poco á poco despojados de sus estados así como los demás tiranos ó jefes que se habian establecido en diversas partes de la Italia, cuando César Borgia, el hijo del célebre Alejandro VI, intentó establecer la unidad de la Italia bajo el poder del Pontificado.

Malatesta, á pesar de ser un tirano, era uno de esos tiranos artistas que nos presenta la edad media, y que al paso que oprimian á los pueblos, tomaban grande interés por el arte, tenían gran vanidad en proteger á los artistas, y cifraban su orgullo en cubrir de monumentos y de obras artísticas los pueblos que dominaban.

Los artistas siempre de alma altiva é independiente, cualidad inseparable del genio, no se avenian bien con esta forzada proteccion y desdeñaban las riquezas á cambio de su libertad. Así, mas de una vez vemos artistas célebres detenidos contra su voluntad en los diversos estados de Italia y hasta en la misma corte del papa Julio II.

Llegó un día á Rímini un jóven que iba recorriendo la Italia y que habia dado ya grandes muestras de su talento en la escultura y la pintura. Brunelleschi, Donatello, Lorenzo de Bartoluccio, Jacobo de la Cuccia de Sienna, Nicolás d'Arezzo, su discípulo Francisco de Valdambri y Simon de Colle, llamado Simon de los Bronces, á causa de su habilidad en modelar esta materia, ó habian sido sus maestros ó le honraban con su amistad.

Este jóven escultor, habia nacido en Florencia, la patria de los grandes artistas, en 1378, llamábase Lorenzo Ghiberti.

Venia de Venecia, donde habia adornado uno de los salones del palacio del Dux y la sacristía de la magnífica iglesia de san Marcos, é iba á Roma á estudiar en aquella capital de las artes los grandes modelos de la escultura griega y romana, salvado del olvido de los tiempos por la solicitud ilustrada de los papas.

Era muy entrada la noche, y se disponia despues, de haber cenado modestamente Ghiberti en una mala posada de Rímini, á meterse en la cama para continuar al amanecer la jornada, cuando llamaron con grandes golpes á la puerta de su aposento. El artista abrió al punto con la tranquilidad que da la pureza de conciencia de verse ajeno á las contiendas políticas que agitaban la Italia, y la indiferencia del hombre que poco tiene que perder, y á quien poco podian quitar; porque apenas llevaba en su escarcela los escudos necesarios para llegar á Roma; en el mal rocín en que venia caballero.

Al ver delante de sí seis arqueros y un hombre que los dirigia, que por su traje conoció ser de justicia, creyó desde luego que se habian equivocado.

— ¿En qué puedo servirlos, señores míos? soy forastero, y sin duda por equivocacion habeis llamado á mi puerta.

— ¿Venís de Venecia?

— Hace pocas horas que he llegado á Rímini: vengo de allí, y me dirijo á Roma, donde cuento con algunos amigos.

— ¿Vuestro nombre?

— Lorenzo Ghiberti, florentino.

— Daos á prision en nombre de nuestro muy alto y poderoso duque el señor Malatesta.

Absorto quedó el jóven, y revolviendo en su mente cuál se-

ria la suerte que se le preparaba, al verse preso en un país extraño y á merced de un tirano que como todos los señores que entre sí se tenían dividida la Italia, no reconocian mas ley que su capricho.

¡Adios las bellas ilusiones del poético escultor; adios su viaje á Roma, el sueño de su juventud: adios su libertad!

Atravesó en la oscuridad mas completa de la noche las calles de Rímini, y llegó ante un palacio antiguo muy imponente, cuyas paredes espesas, y la ausencia total de ornatos exteriores, mostraban que habia sido edificado para guerra civil. Rímini, como la mayor parte de las ciudades de Italia, eran por sus edificios las ciudades de la fuerza individual, ciudades en que cada hombre era dueño y señor de su casa. Cada habitacion estaba defendida por una torre almenada, y á mas cuando lo exigía la necesidad, reuníanse todos los nobles de un cuartel, y concertábanse entre sí para elevar una especie de fortificaciones movibles llamadas *Serragli*, consistentes en barricadas, con cuyo auxilio obstruían las calles para defenderse, ni mas ni menos que como ahora se hace en las modernas revoluciones.

Subió Ghiberti una pesada escalera, y se halló en una gran estancia cubierta de antiguos tapices, en que reinaba las sombras que en vano combatía el débil resplandor de una gótica lámpara de plata suspendida del techo. Ningun ruido perturbaba el silencio que reinaba en aquellos lúgubres salones, sino el ruido de las armaduras de los soldados al moverse. Juzguese cuál seria el terror de Ghiberti al encontrarse en el palacio ducal aguardando á que el terrible señor de Malatesta decidiese de su suerte. Pasó una hora y no venían á buscar á Ghiberti. Dieron las doce de la noche y tampoco venían á llamarle: eternas se le hicieron estas horas al desgraciado Ghiberti. Al fin hacia la una de la madrugada, salió un hombre anciano vestido de negro, y mandó al jefe de los esbirros que no se alejase de allí, y señaló con el dedo á Ghiberti el camino que debia seguir, y despues de haber andado algunos minutos por un gran corredor, se halló de pronto á la entrada de un gran salon.

El duque Malatesta sentado delante de una mesa, leía unos papeles, y escribía cuando entraron Ghiberti y el que le acompañaba.

Apenas alzó el duque Malatesta la cabeza para fijar en los recién llegados sus sombríos y terribles ojos.

— Aquí está el hombre que habeis mandado detener.

Alzó Malatesta la cabeza, y con su voz sorda y bronca que parecia el rujido de una yena, ¿cómo te llamas? preguntó.

— Lorenzo Ghiberti.

— ¿De dónde eres?

— De la ciudad de Florencia.

— ¿No vienes de Venecia de haber servido al Dux como pintor, platero y estatuario?

— Le he servido con lealtad y á su satisfaccion, y me ha dado recomendacion para el Santo Padre el Papa, á cuyos estados voy.

— ¡No irás, vive Dios!

— Señor, estoy inocente de cualquiera culpa que hayan querido imputarme. No sé porqué calumnia han podido prenderme y traerme entre soldados á vuestro palacio como un bandido.

— No irás á Roma ¡vive Dios! porque yo te necesito, y aquí encontrarás la fortuna que vas á buscar á Roma. Veo que te han tratado como un prisionero. Yo habia mandado que te trajesen á mi presencia á toda costa, y han tomado mi orden por un mandato de prision. Libre estás; para todo, menos para abandonar mis estados. Aquí tendrás dinero, honores; serás el amigo de Malatesta, y solo exijo en cambio de mis favores y amistad, que con tus pinceles cubras de frescos las paredes de mis palacios, los muros de mis iglesias; que con tu pincel animes las piedras y llenes mis plazas con las obras mejores de tu inspiracion. Roma, Florencia, Venecia, cuentan demasiados artistas; yo quiero tener uno, lo he elegido, y eres tú. Seré contigo tirano; pero lo seré para la gloria de las artes.

Ghiberti vió que era necesario resignarse á su suerte, renunciar su viaje á Roma. La fortuna tras de la cual iba corriendo á



Roma había venido á ofrecérsele en Rímini ahorrándole el viaje, el tiempo y el trabajo; así es que Lorenzo Ghiberti se alejaba de la estancia del duque Malatesta tan alegre como triste y desesperado había entrado en ella, cuando este le volvió á llamar.

—Lorenzo Ghiberti, puesto que consentís en quedaros al servicio de mi persona, encontrareis en mí un amo generoso, y pues al salir de vuestra posada creisteis por el mal modo con que mis gentes han interpretado mis órdenes, que no volveríais mas á ella, quiero que hayais acertado: vivireis en mi palacio.

Un paje condujo á Ghiberti á una estancia propia de la ducal morada.

Allí vivió muchos años en la intimidad del duque Malatesta y en el seno de la abundancia, y como uno de los mas considerados ciudadanos de Rímini, Lorenzo Ghiberti, haciendo hermosísimos frescos en las iglesias que aun hoy son el orgullo de esta ciudad, y que va á visitar con admiración el viajero. En los intervalos de su trabajo, el jóven que era además platero y escultor, se divertía para distraerse en modelar figuritas de barro y cera, que eran la admiración y el asombro de cuantos las veían, y que el señor de Malatesta daba á sus hermosos hijos para que jugasen y se divirtiesen con ellas: á sus hijos que un día debían ser tiranos como él, y dominadores de varias ciudades de la Italia.

Malatesta, á quien nos han pintado como un execrable tirano, era un excelente hombre. Tenía los defectos de los señores de la edad media: defectos mas propios de la época en que vivieron que de los hombres.

Ghiberti vivía en su palacio; era casi un amigo de este gran señor á quien debía su fortuna y grandes consideraciones; pero que ya por amor al arte, ya por el afecto que con él trató de tantos años le había tomado, no le dejaba jamás salir de Rímini, ni aun para ir algunas veces á abrazar á sus parientes y volver á ver su patria, la hermosa Florencia.

Florencia, que en el ardor que por las ciencias y las artes se desplegaba en el siglo del renacimiento, era la rival de Roma, y que teniendo en su seno una legión de pintores, arquitectos y escultores célebres, cada día se embellecía mas y mas. Florencia encerraba en su seno diez y siete plazas, ciento setenta estatuas públicamente expuestas, veinte fuentes, seis columnas, diez obeliscos, veinte y ocho iglesias y muchos palacios.

Florencia ostentaba Santa María de las Flores, su magnífica iglesia catedral, edificio que excede en mucho en belleza á cuantos en ella se admiran. Está revestida exteriormente de mármoles de colores, y duraron los trabajos de su construcción ciento setenta años, y desde Arnolfo Dilapo que fué el primer arquitecto á quien se confió su construcción, trabajaron sucesivamente en tan suntuoso edificio, Brualfo Giotto, Tadeo Gadhic, Orgagna y Brunellesco. Este último elevó la cúpula, obra extraordinaria edificada sin cimbra, ni bolo ni armazon, y con el solo auxilio de un andamio ingeniosamente inventado por él. El mismo Miguel Angel estaba tan profundamente admirado de aquella cúpula, que al partir para ir á hacer la de San Pedro en Roma, fué á despedirse de la de Santa María de las Flores, y la dijo: «adiós, amiga mia, voy á hacerte semejante, mas bien que tu rival.»

Enfrente de la catedral está el Baptisterio de San Juan, edificio octógono que era primitivamente un templo de Marte, construcción debida á la hermosa reina Teodolinda, que dominaba la rica comarca desde los Alpes hasta Roma. Las ruinas del mundo pagano, que acababa de concluir, prestaron espléndidos materiales al mundo cristiano que comenzaba. Los arquitectos lombardos colocaron en él los restos de los templos del gentilismo, para levantar un templo al bautismo de Cristo. En este Baptisterio están las dos columnas de pórfido que los ciudadanos de Pisa dieron á los florentinos, en reconocimiento de que habían conservado á Pisa cuando ellos fueron á sitiar las islas de Mallorca y de Menorca. El interior de este templo, de ocho lados, está adornado de diez y seis columnas de granito que sostienen una galería, y de las estatuas de los doce apóstoles, colocadas entre las columnas: el pavimento es de mosaico anti-

guo, figurando el sol y los doce signos del Zodiaco. En el techo hay mosaicos de muchos artistas; entre ellos, de Apolonio el griego. En el altar mayor está la estatua del santo precursor de Cristo, llevado por los ángeles al cielo. También se conserva un magnífico monumento de Baltasar Cozzia, en el cual el Sumo Pontífice Juan XXIII abdicó la tiara, y murió en Florencia, donde vivió como simple particular. Este monumento es obra de Donatello. El exterior del Baptisterio es tan hermoso y tan resplandeciente como el interior, habiéndolo revestido de mármoles de colores Arnolfo Dilapo.

Todos los niños que nacen en el radio de una legua, debían ser bautizados, y lo son todavía, en este Baptisterio.

Se creyó que para guardar tantas riquezas se necesitaban puertas de bronce, y Andres de Pisa ejecutó la que mira al Mediodía: su obra fué tan magnífica; produjo tanta sensación, que la Señoría de la república de Florencia salió solemnemente de su palacio á visitarla, acompañada de los embajadores de Nápoles, de Sicilia y de los demás estados de la Italia.

Faltaban todavía dos puertas por ejecutar: las maravillas que había desplegado en la primera puerta el artista, hacían difícil el encargo de mandar hacer las otras. La república de Florencia resolvió abrir un concurso entre todos los grandes artistas de la Italia. Cada opositor adoptado y admitido al concurso por una comisión, debía recibir del tesoro de la magnífica república, una cantidad suficiente para poder vivir un año; y al cabo de este año, debía de presentar sus planos y dibujos.

Resonó en toda la Italia este gran llamamiento artístico. El jóven Ghiberti encerrado en Rímini, condenado á pintar las iglesias de aquel estado, y á entretener con sus preciosas figuritas de cera y barro á los hijos de Malatesta, sintió hervir en su corazón el fuego sagrado de la inspiración: creyóse con genio y fuerzas bastantes para rivalizar con la maravilla de Andres de Pisa. Una terrible preocupación se apoderó de su ánimo al verse encadenado en el palacio ducal de Rímini. La palidez, había remplazado á los frescos colores de su rostro juvenil. Malatesta no encontraba ya la antigua alegría en su meditabundo comensal. Preguntóle un día la causa de aquel pesar que lentamente iba minando su existencia, y el jóven que necesitaba depositar su pena en un corazón amigo, se resolvió, aunque no sin temor de incurrir en la desgracia de su protector, á confiarle los vivos deseos que tenía de tomar parte en aquella gran lucha del genio que iba á abrirse en su patria: sentíase con bastante fe, con bastantes fuerzas para poder consignar de un modo inmortal su nombre en la gran puerta con que Florencia iba á cerrar su mas bello monumento.

Admirado quedó Ghiberti, cuando en lugar de ver anublarse la frente del tirano de Rímini, este con la mayor amabilidad le animó, sostuvo su entusiasmo artístico, y le propuso que volviese á Florencia á disputar el premio del concurso abierto por la república. Hizo mas aun: no quiso que el hombre que por seis años había vivido con él, se había sentado á su mesa y había llamado su amigo, entrase en su patria cual un pobre artista; y viendo que sus recursos pecuniarios eran escasos, le dió un bolsillo lleno de oro, para que pudiese hacer con mas comodidad su viaje. Ghiberti, mas aprisionado aun por el agradecimiento que debía á Malatesta, que lo había estado antes por la fuerza, juró volver á consagrarle el resto de su existencia, si no salía vencedor en la lucha artística en que iban á tomar parte los mas grandes artistas de toda la Italia.

Ghiberti se puso en camino para Florencia con el corazón lleno de esperanza á la vez que de temor. Cerca de Florencia su corazón parecía saltársele del pecho al descubrir el célebre campanile (campanario). Esta célebre torre cuadrangular, formada de cuadros de mármol rojo, blanco y negro, hecho por los dibujos del Giotto, que tiene doscientos veinte pies de altura, es el edificio mas hermoso de su género de la Italia. Sólido como una torre, ligero, hermoso y brillante como un delicado encaje, adornado de magníficas estatuas, nuestro emperador Carlos V decía que debía colocarse bajo un fanal y no enseñarse mas que en los días de grandes fiestas; tan gracioso lo hallaba



en todos sus detalles. Ghiberti saludó con el entusiasmo que se tiene al volver á ver el punto en que uno ha nacido, el hermoso *campanile* de Florencia.

Entró en la ciudad y se dirigió á donde se hallaban los jueces encargados de admitir los artistas al concurso, para la construcción de la famosa puerta del Baptisterio. Ghiberti se presentó ante aquel temible consejo, cuyo fallo iba á decidir del porvenir de toda su vida. Uno de los jueces le preguntó su nombre.

— Lorenzo Ghiberti.

— ¿En qué obras te has dado á conocer?

A esta pregunta quedó parado un momento el joven artista; pero reponiéndose de su temor contestó:

— He pintado al fresco el palacio del duque Malatesta y las iglesias de Rimini.

— Te pregunto: ¿qué has hecho de escultura? ¿en qué se ha dado á conocer tu cincel?

— Magníficos señores, contestó tímido y ruborizado el joven, he hecho muchas figuras pequeñas para los hijos del duque Malatesta.

— ¿Y crees, dijo con severidad el juez del concurso, que vamos á poner en manos de un fabricante de juguetes la obra maestra de la Italia? Vuélvete á Rimini, no tengas la presunción de colocarte entre los grandes maestros.

Oprimiósele á Ghiberti el corazón, al ver desvanecidos en un punto todos los ambiciosos ensueños de su porvenir.... Lágrimas se agolparon á sus ojos, é iba á retirarse ya de la sala del concurso con la vergüenza en el rostro y la desesperación en el corazón, cuando los célebres escultores Brunelleschi y Donatello, que habían sido sus amigos de la infancia, le detuvieron.

Estos dos célebres escultores, que no tenían rivales en la Italia, y que eran los vencedores presuntivos del concurso, hablaron á los jueces, y era tanta su influencia, tan poderoso el crédito de su nombre, que lograron que Ghiberti fuese admitido al concurso, mas á título de estímulo, que de formal concurrencia.

Brilló un rayo de alegría en la frente del joven artista. No le importaba con qué título era admitido á la lid. Tenía fe en su inspiración; sentíase con fuerzas para vencer. Recibió su programa, cobró del tesoro de Florencia la suma necesaria para mantenerse un año sin necesidad de dedicarse á trabajo alguno; y se consagró con toda su alma al estudio del proyecto del concurso.

Pasó un año. El tribunal encargado de examinar los planos y dibujos se hallaba reunido en la sala del palacio de la Señoría de Florencia. Componían el tribunal treinta y cuatro jueces pintores, escultores, plateros, todos de los mas célebres de la Italia. Allí estaban todos los artistas que habían sido admitidos al concurso, cuyos corazones palpitaban entre el temor y la esperanza del triunfo. Allí se hallaba todo el pueblo de Florencia, ansioso de oír de boca de aquel artístico tribunal el nombre del afortunado escultor á quien iba á cometerse la empresa gloriosa de terminar el monumento inmortal de Florencia. Dividiéronse los votos de aquel respetabilísimo jurado, entre Brunelleschi, Lorenzo de Bartoluccio y Donatello.

El boceto de Ghiberti era muy hermoso; había agradado á los jueces; empero pesaba tanto la colosal reputación de sus competidores, que por temor de no herir su celebridad reconocida por toda la Italia, no quisieron adjudicar el premio á un artista tan joven como Ghiberti, y desconocido aun en la historia de las artes.

Entonces se vió una cosa que honra tanto á los artistas como á los hombres: Brunelleschi, Bartoluccio y Donatello, cuya reputación se hallaba tan alta, cuyos nombres se hallaban ya escritos en las inmortales páginas de tantos monumentos, que no podían sentir la envidia ni eclipsarse por una nueva celebridad que se levantara, se reunieron un momento en la misma sala del concurso, deliberaron entre sí, se presentaron á los jueces del concurso, y declararon que les parecía que se había cometido una injusticia decretándoles el premio; y que creían en su alma y en su conciencia, que debía ser el elegido el joven Lorenzo Ghiberti.

Asombrados quedaron los jueces, asombrado el pueblo de

Florencia, y asombrado el modesto artista Ghiberti, al oír esta declaración de aquellos tres grandes maestros, que bastaría á hacerlos célebres en la posteridad, si no lo fuesen ya tanto por sus obras.

Cuarenta años tardó Lorenzo Ghiberti en la construcción de la puerta de bronce del Baptisterio. La comenzó joven, lleno de vida y de fuerza, y la acabó anciano y encorvado su cuerpo á fuerza del trabajo. Sobre aquella puerta de bronce había derretido gota á gota toda su vida de artista; allí había gastado sus ideas, sus fuerzas; había hecho pasar toda su alma en aquel bronce, que es la obra maestra de un tiempo que fué la edad de oro de la escultura.

Esta es la famosa puerta de bronce de quien el gran Miguel Angel decía siempre «que tenía miedo de que arrebatase Dios aquella obra maestra á Florencia para trasladarla á las puertas del cielo.»

Sobre estas puertas están representados diversos pasajes del Nuevo Testamento.

Lorenzo Ghiberti, murió en el año 1455.

Sobre esta puerta, cuando está cerrada, se encuentra en el adorno de enmedio el retrato de un anciano calvo, cuyas facciones están arrugadas por los años, gastadas por el trabajo. Es el retrato hecho por él mismo, es el retrato del joven Lorenzo Ghiberti, que cuarenta años antes había recibido de la magnífica república de Florencia la misión de construir la puerta principal del Baptisterio.

La otra puerta que le fué también dada en recompensa de la primera, fué solo un juego para él, porque no se trataba mas que de imitar la primera hecha por Andrés de Pisa, que hasta entonces se había creído inimitable.

¡Cuántas veces al escribir estos renglones he recordado las horas enteras que he pasado extasiado ante esas magníficas puertas de bronce en que aun el hombre menos inteligente en las artes, halla que no hay hipérbole en la magnífica expresión del divino Miguel Angel, de «que aquellas puertas no eran propias de un monumento humano, sino de abrir y cerrar el Paraíso!!!»

EL CONDE DE FABRAQUER.

## UNA LÁGRIMA

### SOBRE LAS RUINAS DE NUMANCIA,

POR D. MANUEL IDO ALFARO.

#### CONCLUSION (1).

Sí; me quedé dormido al dulce beso de las templadas brisas, ó al tierno halago de un recuerdo seductor, ó al suave influjo de la santa inspiración.

Me quedé dormido; y una nube de misteriosas formas, de diáfanos contornos envolvió mi mente: nube desconocida, vapor extraño, soplo tal vez de un poderoso genio, suspiro de mil pueblos que murieron.

Y una mano poderosa tocó los siglos pasados, y los siglos pasados se alzaron de la tierra.

Y una mano sutil tocó mi espíritu, y mi espíritu vió al través de los siglos pasados que se alzaron de la tierra.

Vió un pueblo humilde que se levantaba en un monte, y mil generaciones con armas, con escudos, con banderas, que sitiaban aquel pueblo, para exterminar al pueblo porque era valiente.

Vió al pueblo que á falta de hombres le sobraba corazón; que á falta de armas le sobraba valor; porque los brazos de aquellos hombres eran como brazos de osos, y su mirada, á mirada de león parecida.

(1) Entre el anterior capítulo y esta conclusión, venía intercalada una reseña histórica del sitio de Numancia, con una mirada filosófica sobre sus causas, y con una noticia de todos sus detalles, tomada de los autores mas antiguos y fidedignos, pero las cortas dimensiones del periódico en que las publicamos, nos han obligado á retirarla. (Nota del autor.)



Aquel pueblo era Numancia; aquellos leones eran los numantinos.

Y esto que mi espíritu veía, no era un sueño como los demás sueños, era como vision de cosas pasadas.

Y otra hube mas oscura con truenos y relámpagos confundió mi mente.

Y entonces vi con mas claridad, porque cuanto mas se oprimía al cuerpo, mas libre vueta el alma por la region de cosas ideales.

Desde el vapor que me circunvalaba, vi una edad felice en que los hombres pensaban de una manera que yo no comprendía, en que los hombres obraban de un modo muy distinto de aquel en que yo estaba acostumbrado á ver obrar...

Yo vi tambien guerras en mi parasismo, y sangre y fuego, y oí gritos y oí lamentos, y escuché una voz terrible que me decía:

*Aquella es Numancia.*

Y en Numancia vi denodados españoles que peleaban como fieras por su honor...

Vi mujeres atrevidas que lanzaban dardos con denuedo...

Vi al padre abandonar á sus hijos.

Vi al esposo abandonar á su esposa, por lanzarse todos contra el enemigo á defender su patria, á defender su honor, á defender su independencia y su libertad.

Y aquellos pastores, porque pastores eran los numantinos, peleaban con bizarría desde sus murallas, y mil y mil enemigos llegados de lejanos países, arremetían á ellos con saña, y ellos se defendían con valor.

Y vi despues que los enemigos avanzaban, porque como nubes cargadas de granizo, arremetían sobre ellos, y ellos estenuados por el hambre, reventados por la fatiga, pero animados por el entusiasmo, gritan desesperados:

*Somos españoles, y como españoles moriremos.*

Y rasgan sus vestiduras, y desnudan sus pechos, y volviendo contra sí sus propios aceros, los unos á los otros se hieren, los unos á los otros se degüellan, y las madres lloran al matar sus hijas, y las hijas lloran al despedazar sus madres...

Y oí luego un confuso ruido como de truenos, como de mares, como de tempestades...

Y luego vi una hoguera inmensa que nacía en Numancia, y cuyas llamas se levantaban hasta las nubes; hoguera encendida por los mismos numantinos, atizada por la intrepidez de su ánimo invencible.

Y vi millones de guerreros que doblaban las rodillas ante aquella hoguera, porque aunque contrarios suyos, respetaban tanto valor.....

Y vi que todas las naciones callaban, y abrian sus ojos para contemplarla.....

Y oí una voz profunda que salía del centro de la hoguera, y que gritaba:—*Los siglos venideros adorarán esta hoguera; esta hoguera es el corazon siempre valiente de los españoles.*

Y esta voz me despertó.

Y miré en torno mio asustado, y no vi nada: ni hoguera, ni españoles, ni guerreros; Numancia estaba sola; sola y olvidada. ¡Pobre matrona! rasgaste tu pecho para dar de beber tu gloriosa sangre á los españoles tus hijos, y tus hijos los españoles cerraron sus labios por no beberla.

Quemaste tus galas y tus entrañas para que los españoles vieran cómo se defiende el honor pátrio, y los españoles cerraron sus ojos por no verlo.

Labraste con tus propias manos la tumba de tus cenizas, para que los españoles contemplaran la gloria de tu tumba; y los españoles volvieron las espaldas, porque los llamó una vieja que se apellida comicia.

Si Numancia hubiera sido de oro, los españoles adorarían las ruinas de Numancia.

Solas, solas duermen hoy en el sitio que florecieron un dia: los nietos de Tubal no piensan en ellas; los sabios no las miran; las academias no quieren recordarlas.....

«¡Viva la libertad!» grita un hombre en nuestro siglo; y los españoles adoran á ese hombre.

Por defender la libertad de su patria murió Megara (1), y los españoles desprecian á Megara.

No importa: si el siglo XIX es un hermano bastardo de los siglos de Sagunto y de Tarifa; si él ha hecho voto de relegar al olvido las esplendentes glorias que han dado nombre á mi adorada patria, nunca faltará un poeta que en el misterioso silencio de la tarde, vaya á meditar un momento sobre la sagrada tumba de Megara; nunca faltará un poeta que vaya á verter una lágrima de entusiasmo sobre las sacrosantas ruinas de Numancia.

Quando el crepúsculo comenzó á tender sus alas de crespon por los montes y los valles, se acercó á mí mi compañero de viaje, tomamos las caballerías, y preocupado yo todavía con mis reflexiones, nos dirigimos á Soria.

...Españoles! Numancia fué un modelo de valor; Numancia triunfó muriendo; Numancia fué nuestra madre; id, id á contemplar su cadáver que aun palpita, y bebereis en su pecho el verdadero honor y el verdadero orgullo nacional; id á contemplar sus ruinas, y allí aspirareis en todo su esplendor, el noble sentimiento de independencia y de libertad.

FIN.

(1) Megara fué el esforzado caudillo que mandó la plaza durante el sitio.



Trajes portugueses.



## AMPARO.

(MEMORIAS DE UN LOCO.)

(Continuacion.)

— ¿Y qué es esto? me dijo abriéndolo; ¡ah! ¡una cruz! la conservaré, la conservaré siempre en memoria de V.

Y aprovechando el estupor que había causado en mí el extraño aspecto, la profunda conmoción que noté en ella, al expresarme su deseo de ser monja, escapó.

Cuando quise detenerla sonó el golpe de una puerta que se cerraba, y luego sentí que bajaba rápidamente las escaleras.

Abrí el balcón, y la ví alejarse por la acera opuesta en paso lento y con la cabeza baja.

Mustafá la seguía cabizbajo también.

— Ella volverá, me dije; y cuando menos, la señora Adela vendrá por su asignación á fin de mes.

Había en mi corazón algo que me hacía desear volverla á ver; y sin embargo aquel no se qué vago, dulce, íntimo, estaba muy lejos de ser amor.

Y era más que caridad.

O yo no comprendía la caridad, y me engañaba.

O yo no comprendía el amor, y me engañaba también.

Esto quería decir, que respecto á ciertas sensaciones, mi corazón era inocente, ó mejor dicho, estaba virgen.

Lo que sí puedo decir es, que el recuerdo de Amparo se fijó en mi pensamiento, fresco, puro, consolador, lleno de encantos y de consuelos.

Si es verdad que estoy loco, mi locura empezó el día que almorcé con ella.

El no verla me tenía de muy mal humor.

La esperaba.

Sin embargo, Amparo no venía.

Pasó el tiempo, y llegó el último día del mes.

Yo esperaba que la Adela sería puntual, y no me engañé.

Se me presentó más pobremente vestida que lo que yo esperaba, y sin saludarme ni sentarse me dijo:

— Vengo á...

— Sí, por la asignación de Amparo, la interrumpí.

— Eso es.

Abrió mi cartera y la di un billete de quinientos reales.

— No puedo devolver á V. lo que sobra, me dijo.

— Lo mismo es, la contesté.

— ¡Ah! ¡es V. muy generoso! Gracias en su nombre; que V. lo pase bien.

Y se iba.

— Espere V., la dije: tenemos que hablar.

— ¡Ah! ¡tenemos que hablar! ¿va V. comprendiendo que es hermosa, demasiado hermosa, para mantenerse respecto á ella en los inflexibles límites de la caridad?

— No se trata de eso.

— Pues no comprendo entonces...

— ¿Qué sabe V. acerca del origen de esa niña?

— ¡Bah! ¿y que le importa á V.? A no ser que...

Y aquella mujer me miró con un recelo hostil.

— ¡Sería gracioso que quisiera V. casarse con una muchachuela! añadió con sarcasmo.

— Tampoco se trata de eso; pero si V. tuviera algún antecedente... ayudándome V. y gastando cuanto fuese necesario, acaso lograríamos encontrar á sus padres.

— ¿Y para qué quiere más padres que V.?

Necesité hacer un esfuerzo para contener la cólera que me causaba la fría insolencia de aquella mujer.

— En último resultado, la dije, ¿se niega V. á indicarme?...

— Nada sé; la recogí. Ignoro quien era; pero debe ser hija de buenos padres: las ropas que la envolvían eran ricas; llevaba, además, un magnífico medallón guarnecido de brillantes, y entre la faja un papel que decía: — «Está bautizada, y se llama... he

olvidado el nombre; el que tiene ahora se lo pusieron en la confirmación.

— Es extraño que haya V. olvidado su nombre; pero aun queda el medallón.

— No por cierto; le vendí: era necesario criarla... yo era pobre

— ¿Pero no recuerda V. lo que el medallón contenía?

— Sí por cierto: un retrato de mujer.

— ¿Y las señas de esa mujer?

— Las mismas de Amparo: alguna más edad; pero tan hermosa como ella; un parecido exacto... y es lástima que ese retrato se haya extraviado, porque era una prueba indudable... pero á bien que el retrato existe en Amparo... en engordando la muchacha un poco más... el mejor día encuentra á sus padres en la calle.

Todas estas contestaciones habían sido pronunciadas con una intención maligna; comprendí que existía un misterio terrible entre aquella mujer y la pobre Amparo, y no insistí.

La dejé ir.

Había concebido el pensamiento de apelar á la ley para poner en claro la procedencia de Amparo.

Y como si hubiese comprendido mi pensamiento, aquella mujer me arrojó al salir una insolente mirada de desafío.

Aquel mismo día fui á consultar á uno de los abogados de mas fama.

Me escuchó con atención, y cuando hube concluido, me dijo:

— No veo el medio de arrancar á esa mujer su secreto: el tormento está abolido hace muchos años; por consecuencia, si esa mujer tiene un gran interés en ocultar la procedencia de la protegida de V., nada confesará. Queda sin embargo un medio.

— ¿Cuál?

— El dinero. Pagarle su secreto al precio que pida.

Di las gracias al abogado por su luminoso consejo; le pagué la consulta y salí.

Pasó un mes.

En vano esperé á Amparo.

La Adela se me presentó de nuevo.

La pregunté por ella.

— ¡Ah! está desconocida, me dijo; ha engordado. ¡Ya se ve! la cuidó bien, ó por mejor decir, la cuidamos bien. La enviaré por acá.

— Ponga V. precio á su secreto, la dije desentendiéndome de su observación, y entrando de lleno en mi objeto.

— Es V. muy joven, me dijo, para que pueda haber perdido una hija de la edad de Amparo; sin embargo, pudiera ser que algún amigo hubiera á V. encargado le buscara una niña perdida.

Y la Adela me miraba de una manera fija, escudriñadora.

— ¿Se obstina V. en no confiarme...? la dije.

— Nada sé respecto á ella, me contestó.

Acabé de convencerme de que nada recabaría de aquella mujer; la di dinero; la encargué dijese á Amparo que deseaba verla, y la despedí.

A los pocos días, y cuando acababa de levantarme, me sorprendió un fuerte campanillazo á la puerta.

Abrió Mauricio; sentí pasos apresurados, y poco después se precipitó en mi gabinete Amparo.

Mustafá la seguía cojeando.

Amparo se asió á mí, y me miró pálida, aterrada, anhelante. Mustafá gruñía dolorosamente.

Venía Amparo en el mayor desorden: deshecho el peinado; una de sus manos envuelta en un pañuelo.

Durante algún tiempo nada me dijo; ni yo, sorprendido, acerté á decirle nada: luego pareció como que despertaba de un sueño, de una horrible pesadilla, y exclamó con un acento ardiente y lleno de ansiedad:

— ¡Ah! ¡Gracias á Dios!



Y se separó de mí, se dejó caer en un sillón, se cubrió el rostro con las manos y rompió á llorar.

Mustafá se acercó á ella cojeando; se sentó, me miró, y siguió con sus dolientes gruñidos.

Sospeché no sé qué horrible cosa, y me aterra.

— ¿Pero qué sucede? la pregunté, alentando apenas.

— Sucede, contestó Amparo, mirándome á través de sus lágrimas, que esa infame de mujer ha querido hacerme infeliz.

No pude contestarla: sentí que toda mi sangre se reconcentraba á mi corazón.

— Pero afortunadamente, continuó Amparo, Mustafá me ha salvado, acometiendo á aquel hombre, y dándome tiempo para escapar: es verdad que el pobre ha sufrido un horrible bastonazo, y que yo he salido del lance herida...

— ¡Herida! exclamé.

— Sí; ¡el horrible viejo me seguía! las escaleras son estrechas y empinadas; caí, di con la cabeza en la barandilla, y casi me he roto una mano; pero al fin estoy aquí; aquí, con V. que me defenderá.

No la pregunté mas. ¿Y para qué?

Todo estaba explicado.

Envié á Mauricio por un facultativo que se encargó de la curación de Amparo y de Mustafá.

La herida de la cabeza de la niña era leve, pero profunda y grave la de la mano.

Mustafá tenía casi roto un hueso.

Amparo se vió obligada á quedarse en casa.

Dos horas despues, cuando estuvo mas tranquila, la dije:

— No puedes volver á vivir con esa infame.

— ¡Oh, Dios mío! ¡no! ¡imposible!

— No puedes vivir tampoco conmigo.

— No, no; de ningún modo.

— Tampoco puedes vivir sola.

— ¡Dios mío! ¿y qué hacer?

Y despues de algunos instantes de triste silencio, añadió:

— ¡El convento! ¡es preciso! ¡preciso de todo punto!

— No te daré el dote.

— Me pondré á servir.

— Y sirviendo estarás expuesta á cada paso, á peligros como el de que has escapado milagrosamente hoy.

— ¿Pero por qué cerrarme el refugio del claustro? exclamó llorando.

— Si has de agitarte de ese modo, te dejo sola: agitiándote, afligiéndote puedes empeorar: tienes calentura, y solote he hablado porque estás en la casa de un soltero, porque es necesario evitar las interpretaciones. He pensado en que el padre Ambrosio podría adoptarte, ya que te repugna mi adopción.

— ¡Oh! ¡sí! ¡sí! exclamó.

— Pero es necesario que no seas gravosa al padre Ambrosio.

— ¡Oh, Dios mío! ¡otra dificultad!

— La dificultad está salvada. Entra en un colegio.

Quedóse Amparo pensativa, y al cabo me dijo:

— Mande V. llamar de mi parte al padre Ambrosio.

Me dió las señas de la habitación del religioso, y Mauricio fué á buscarle,

Media hora despues, un hombre alto, delgado, pálido, como de sesenta años, muy modestamente vestido con ropas que demostraban un antiguo y continuo trato con el cepillo, entró lleno de ansiedad.

Era uno de esos hombres que llevan el corazón en la cara.

Un corazón todo sentimiento, todo dulzura, todo abnegación, toda caridad.

Y en los ojos, la mirada inteligente y serena.

Y en la frente la severidad y la majestad de la virtud, la conciencia de sí misma.

Me saludó con encogimiento y me estrechó la mano con efusión.

— Le conozco á V., me dijo con la voz trémula; le conozco á V. mucho, aunque nunca le he visto hasta ahora.

— Yo tambien le conozco á V., le contesté, encantado por lo simpático de su mirada, de su espontaneidad, de su palabra.

Estrechó entre sus dos manos la mía, y sin disimular su impaciencia, me dijo:

— ¿Dónde está?

Le señalé la alcoba, y los dejé en libertad de hablar.

La conferencia fué larga; al fin el padre Ambrosio salió profundamente conmovido, y me llegó la vez de demostrar mi impaciencia.

— ¿Acepta? le pregunté.

Se sentó en un sillón, sacó una caja de pasta negra, me ofreció un polvo, tomó otro, y me dijo:

— Nos encontramos en una situación sobre manera extraña: una jóven, embellecida por Dios con cuantas virtudes pueden hacer respetable á una criatura, sola, pobre, desventurada, se encuentra entre nosotros dos; puesta primero bajo la protección espiritual de un pobre exclaustrado, y amparada despues, de una manera noble, desinteresada, admirable, por un jóven rico, viciado en el gran mundo, casi impío, pero que tiene un excelente corazón. Pero he dicho mal: nuestra situación no es extraña. ¡Nos ha reunido la Providencia de Dios!

— En efecto; en el conocimiento de nosotros tres, hay mucho de providencial, le dije, mas por ser cortés con el buen exclaustrado, que porque yo creyese en la Providencia. Ya he dicho antes que en aquella época era yo impío.

— ¡Pues ya lo creo! dijo, con el entusiasmo de un poeta, el padre Ambrosio; mi vida era triste, llena de sufrimientos, llena de recuerdos, combatida por pasiones, que habia exacerbado la desgracia, y... si hace diez años, no hubiera encontrado á mi paso á esa niña que se arrastraba sobre sus manecitas en los corredores de la casa de vecindad donde me habia llevado á vivir mi pobreza... Yo lo habia perdido todo; parientes, amigos, afectos, hasta la paz de mi celda, de la cual me arrojaron las necesidades de la nación... la planta marchita y enferma que vegeta sobre un terreno ingrato, siente con delicia, y parece reanimarse al soplo de las auras de la mañana. Yo, muy semejante á una planta enferma, sentí una impresión de consuelo un día que, sentado al sol en la puerta de mi tabuco, sentí junto á mí, apoyando sus manecitas en mis rodillas, y sonriéndose (Dios me perdone) como deben sonreír los ángeles, una niña como de cuatro á cinco años.—Era Amparo.—Necesitaba afectos, y mi alma se volvió á aquella existencia pura, á aquella niña que estaba muy pobremente vestida, enflaquecida por el hambre. Supe que no tenía padres, que estaba en poder de una mujer de la misma vecindad, que la habia encontrado en la calle. Y aquel desamparo de la infancia, aquella miseria en un ser tan débil, me hicieron concebir el mismo pensamiento que V. concibió cuando la encontré en medio de la noche recogiendo trapos. He hecho... cuanto he podido... en cambio ella ha sido para mí, acaso la salvación de mi alma, porque estaba desesperado... y Amparo ha sido para mí un amparo de Dios, porque me ha obligado á amarla; porque amándola he llenado mi corazón con un afecto, y he podido consolarme y esperar con resignación el fin de mi jornada.

— Creo que Amparo ha ejercido sobre mí una influencia muy semejante á la que ha ejercido sobre V.

— ¡Oh, sí! me ha bastado con lo que Amparo me ha dicho de V., y con verle despues una sola vez, para comprenderle: tiene V. el alma virgen, sedienta, cansada de un mundo donde no vive bien; hastiada de todo; escéptica, porque ha perdido la esperanza, y ha encontrado V. en Amparo algo de lo que buscaba y no habia podido encontrar. ¡Lo ha encontrado V. de noche, recogiendo los despojos del lujo y de la miseria, teniendo por único amigo un perro, por único amparo Dios! Y porque tiene V. el alma virgen y llena de entusiasmo y de sentimiento, ha hecho V. lo que nadie hubiera hecho; y porque Dios quiere que crea V. en él, le ha presentado á V. de la manera mas bella el dulce consuelo de la expansión de la caridad.

(Continuara).



## EGLOGA URBANA.

...de montibus quibet.

A MI AMIGO D. JOSE GONZALEZ DE TEJADA.

Paseando está Juanita,  
Madrileño encanto y gala,  
Del Neptuno á la Cibeles,  
Aprisionando las almas.  
Pero ¡ay! que siente la suya  
Agitarse en vivas ansias,  
Y á los suspiros no atiende  
Que le envían cuantos pasan!  
En sus rizos de azabache  
No ha prendido rosa blanca  
Ni artero los va agitando.  
Su abaniquito de nácar.

La blonda de su mantilla  
No la molesta ni enfada,  
Ni el pie brevísimo enseña  
Al ondular de la falda.

Ve á Juan, y no se sonríe;  
Mira á Diego, y no se pasma;  
Llega Gil, y no murmura;  
Vase Pepe, y no se cansa.

Los ojos, cuyo color  
Noche lóbrega envidiara  
Para su manto, no buscan  
Lo que otras veces buscaban.

Sus párpados entretienen  
Tal vez indiscreta lágrima:  
Su lábio en púrpura tinto  
Ni aun para quejarse habla.

Pero da el túrgido seno  
Que ocultan sùtiles gasas  
Ocasión á qué la mente  
Prorrumpa en tales palabras:

— ¡Ingrato! ¿y así me huyes?

— ¿Así dejas á tu Juana?

— Cada paso que te alejas,

¡ay! retumba en mis entrañas.

— No soy tan fea, Gonzalo,

Que hoy no me dijese el aya:

— Señorita, el mismo cielo

Envidia esa tez nevada.

— Y el carmín de esas megillas

Que en las de la aurora falta,

Y el brillo de esos luceros

Que no lo tiene el del alba.

— Vuelve, vuelve, mi Gonzalo;

Deja á esa Inés tonta y vana;

Que el oro no hace dichosos,

— E Inés no tiene otras gracias.

— Esto pensaba gimiendo

Juanita la desdenada.

— Cuando el otro repetía

En el fondo de su alma:

— Lloro, mujer, lloro, lloro

Mientras yo no diga basta:

— Con Inés andaré en coche;

Contigo andaré á gatas.

— Y esta cinta, última prenda

Que de tu amor conservaba,

De mi jockey en la gorra

— Será divisa encarnada.

— En esto cayó la tarde

La oscuridad se levanta,

Pugnando por confundirla

Los tubos que el gas inflama.

Y dos viejos van diciendo

Al retirarse á sus casas:

— Tanto mal no tiene cura:

— Maldita ambición humana!

JOAQUIN JOSÉ CERVINO.

## A DOLORES...

Yo, vasallo de los tiempos

En que se usaban chorreras,

Botas con borla ó campana,

Pantalon de trampa estrecha,

Frac de hoja de cortaplumas,

Carrick, corbatin de á terciá,

Pelo á la bombé, patillas

De herradura ó de chuleta,

Currutaco, pisaverde,

Don Quijote de cien bellas,

De talle junto al cogote,

Tufos y peine de teja,

Zapatito á la cachucha,

Basquiña con fleco y nesgas,

Cinturon con gran hebilla,

Guantes bordados con seda;

A tí, polla ciudadana,

De parlamentaria era,

Mas hermosa que la dalia,

Mas blanca que la azucena.

Te juro por mi peluca,

Que aunque por chocho me tengan,

Te he decir muy clarito,

Que con tu cintura esbelta,

Tus miriñaques y gasas,

Tus cocas, rizos y trenzas,

Te encuentro tan seductora

Que no me extraña que pierdan

La cabeza y algo mas,

Lós que te miran tan bella;

Pues yo, á pesar de mis años,

Mis arrugas y dolencias,

Por una sonrisa tuya,

La mitad del mundo diera;

Esto en caso de que el mundo

Fuese de...

EL BARON DE ILLESCAS.

EN EL ALBUN DE LA MARQUESA DE NEVARES.

A...

Angel hermoso á quien amar juré,

Sombra querida que en mi mente está,

Paloma pura, cuyo vuelo alcé,

Dime por qué

No me amas ya?

Dime á quién puedo consagrar mi amor,

Dime á qué aspiró, si la te perdí:

El mundo entero y el placer mayor,

Marchita flor

Será sin tí.

Si en adorarte mi existir cifré,

Si en pos de tí mi pensamiento va,

Si gloria y nombre para tí busqué,

Dime por qué

No me amas ya?

LUIS MARIANO DE LARRA.

MADRID.—Imp. de M. GALIANO.

Plaza de los Ministerios, 3.ª